

EL BICHITO INVISIBLE

CÉSAR PÉREZ GELLIDA

Ilustraciones:
ALBERTO SOBRINO



El Puente
SALUD MENTAL
valladolid



DIPUTACIÓN DE VALLADOLID

EL BICHO INVISIBLE

Edita

El Puente Salud Mental Valladolid

© Del texto: César Pérez Gellida

© De las ilustraciones: Alberto Sobrino Romero

© De la edición: El Puente Salud Mental Valladolid

Diseño y maquetación: Alberto Sobrino

1ª edición: Valladolid, diciembre de 2020

Edición no venal

Imprime: Mata Digital S.L. Valladolid

Depósito Legal: VA-898-2020

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de los titulares de la propiedad intelectual, el almacenamiento o reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

EL BICHO INVISIBLE

CÉSAR PÉREZ GELLIDA

Ilustraciones:

ALBERTO SOBRINO





Casi no hay movimiento en la calle. Mirar a través de la ventana se ha convertido en un auténtico aburrimiento, además, aún le sigue dando vueltas a eso que hace un rato le ha dicho el abuelo Antonio por videoconferencia: «Lito, tienes que adaptarte a los cambios.

No queda otra, y cuanto antes lo hagas, mejor para ti». Gabi no sabe qué significa eso de adaptarse a los cambios pero sí sabe que no le gusta que le llamen Lito. En su familia todos lo hacen. Un día le explicaron que, para diferenciarlo de su otro abuelo que se llama igual, empezaron con Gabrielito, y que luego se quedó en Lito. En el colegio todos le conocen como Gabi, como a él le gusta, pero lo que de verdad le pone de los nervios es que le llamen Grabiél. Eso no lo soporta. Lo odia.



Últimamente odia muchas cosas. No sabe muy bien por qué, pero lo puede notar por dentro. Raro es el día que no se enfada varias veces. Sobre todo con su hermana pequeña, Claudia, que se pone muy pesada y llora por nada. A veces también se pelea con Lucas, que es el mayor, normalmente por la play, porque es



suya y, claro, manda él. Se la han regalado ese año al cumplir los doce, y él, que tiene ocho, no le queda más remedio que esperar. Esperar a que Lucas le deje jugar con él, porque solo no se lo permite. Y eso le cabrea. Le cabrea mucho que sus padres le digan y le repitan que tiene que compartir sus juguetes con Claudia y que a Lucas no le obliguen a dejarle la consola. Es injusto. Muy injusto. Y Gabi odia las injusticias, sobre todo cuando le perjudican a él. Así que muchos días no





tiene más remedio que jugar con Claudia, pero resulta que a Lito no soporta sus juguetes de niña de seis años. Odia esos juguetes. Él prefiere los suyos, por supuesto, pero tampoco es buena idea dejarlos al alcance de Claudia porque se los destroza. Antes no le importaba, pero ahora le fastidia mucho descubrir que le falta alguna pieza a uno de sus coches. Gabi se acuerda perfectamente del día que descubrió su camión de bomberos totalmente reventado como si hubiera pasado por el desguace. Lo tiene clavado porque sucedió poco después de que les dijeran que ya no tenían que ir al colegio. Así, sin más. ¡Y qué



contento se puso! ¡Era estupendo eso de no tener que levantarse tan pronto! Al principio se quedaba hasta tarde en la cama, pero luego se despertaba a la hora de siempre y ya no se podía dormir. Mamá le ha explicado que es porque su cuerpo no necesita descansar tanto como antes.





Es extraño.

Todo lo relacionado con el bicho ese lo es.

La primera vez que escuchó su nombre fue en uno de los telediarios que ve siempre papá. Antes no era capaz de recordar el nombre del bicho, pero ahora, a fuerza de escucharlo una y otra vez lo tiene metido en la cabeza. Sus padres no hablan de otra cosa. Le tienen miedo. Bueno, todo el mundo le tiene miedo al bicho ese de los dos nombres. Como él, tiene uno corto y otro



largo. Antes le llamaban por el largo, pero ahora, que lleva tanto tiempo por ahí y es como de la familia, a la gente le gusta más llamarlo por el corto. Gabi prefiere llamarle «El bicho invisible», porque, hasta donde él sabe, es como un ente que no se le puede ver, que vive en el aire y es muy peligroso respirarlo o tocar cosas donde se ha posado. Por eso es tan importante lavarse las manos todo el rato, echarse el gel mágico que tiene mamá y ponerse la mascarilla cuando salen a la calle.





Bueno, él no, porque a él no le dejan ni bajar al super, pero su mamá tiene que ir todos los días a trabajar, cosa que a papá le pone muy nervioso. Él ahora trabaja en su habitación con el portátil, la tablet o incluso desde su móvil, pero mamá no puede porque tiene que ir al hospital. Se encarga de cuidar a los que pillan el bicho, y, según les escucha decir, cada día lo tiene más gente. Encima le toca ir más tiempo que antes y eso es un rollo para él porque le gusta mucho más cómo cocina mamá. Hay días que mamá llega a casa cuando Gabi él ya está en la cama y al día siguiente tampoco la ve

porque se marcha a trabajar antes de que él se levante. Odia eso. Pero odia más aún eso de no poder ir a ver a los abuelos. Eso está prohibido prohibidísimo, porque al parecer el bicho ataca más a los abuelos que al resto de personas. Otra injusticia. A Gabi le fastidia no verlos y, aunque se llaman por la tablet y charlan un rato, no es lo mismo. Ni parecido.

Han cambiado muchas cosas. Casi todas a peor.





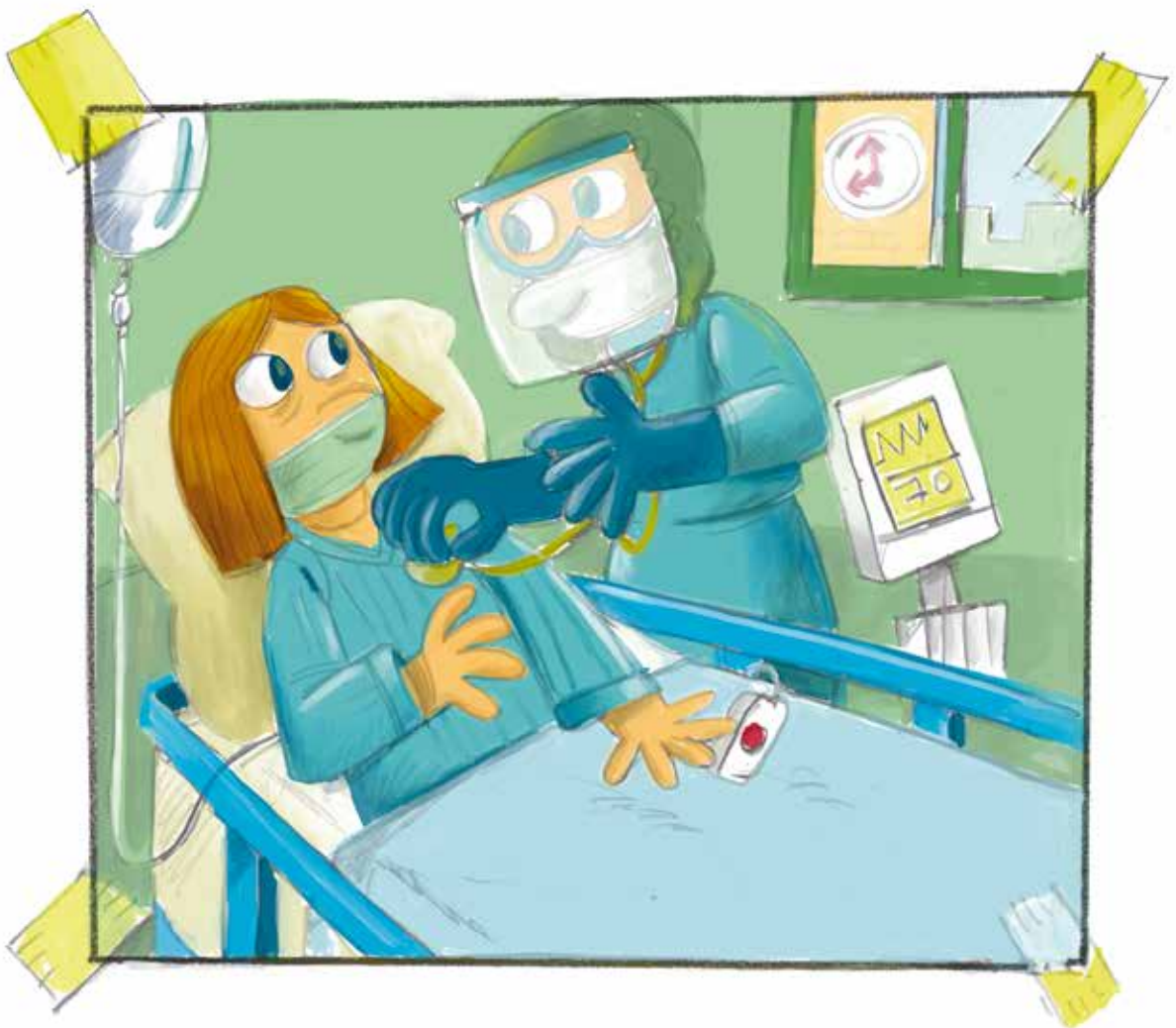
Odia eso.

Hace días que, como hoy, Gabi no sabe muy bien qué hacer y no le queda otra que entretenerse mirando a través de la ventana del salón. Hay muy poca gente por la calle y apenas circulan coches. De hecho, ayer le dio por contar los que pasaban en media hora. Un total de veintisiete, y eso es menos de uno por minuto. Un rollo.

Encima hoy es uno de esos días en los que no se ve ni una sola nube en el cielo y el sol brilla con fuerza. De esos en los que solían bajar todos juntos al parque o, si coincidía con el fin de semana, aprovechaban para ir al pueblo de los abuelos. Ninguno de esos planes le entusiasmaba porque Gabi prefería ir a la plaza y jugar al fútbol. Siempre había alguien conocido y rara era la



tarde que no terminaban jugando un partido. Cuánto echaba eso de menos, incluso lo de ir al parque y tener que jugar en la arena con Claudia porque se lo pedía mamá. En realidad, se conformaría con dar un paseo, pero sabe que el bicho anda suelto y si alguno de ellos lo pilla terminaría en el hospital. A Gabi no le gustan nada los hospitales. No los odia porque mamá trabaja en uno, pero le parece que son lugares donde la gente



está muy apagada y siempre huele muy raro.
De repente escucha algo que proviene de la habitación de Claudia. No le hace falta afinar el oído porque enseñada reconoce el llanto de su hermana. Sin embargo, esa forma de llorar es distinta. No está llorando para llamar la atención de papá y mamá.





Es por eso que se acerca a ver qué ocurre y se la encuentra sentada con las piernas cruzadas y rodeada de sus aburridos juguetes.

—¿Qué te pasa? —le pregunta Gabi.

—Nada.

—¿Y si no te pasa nada por qué estás llorando?

Ella levanta la vista y se encoge de hombros. Tiene los ojos enrojecidos y dos densas lágrimas descienden por sus mejillas. Con mamá en el hospital, papá trabajando en su despacho y Lucas a los mandos de la play la cosa está clara: le toca a él.

Gabi se arrodilla a su lado y posa la mano suavemente sobre el hombro de su hermana.

—¿Te duele algo?

Claudia niega con la cabeza y se seca los mofletes con las mangas del jersey.

—Estoy triste —revela al fin.

—¿Triste, por qué?

—Es que no lo sé. Solo que no hay nada que me divierta, y eso me pone triste.



Gabi frunció el ceño. A Claudia le pasa lo mismo que a él. O parecido. Él es más de enfadarse que de ponerse triste, pero el motivo es el mismo.

En ese momento las palabras del abuelo Antonio cobran sentido.

—Ya. Te entiendo. Es un auténtico rollo estar todo el día metidos aquí en casa, y llevamos mucho tiempo, pero, ¿sabes qué?

Claudia lo mira con atención.

—Que hoy queda un día menos que ayer para que esto termine y podamos hacer lo que hacíamos antes.



—¿Y cuándo terminará esto del confitamiento, Lito?
Gabi la acaricia el pelo.

—No lo sé, nadie lo sabe, pero menos. Mientras tanto,
lo que tenemos que hacer es adaptarnos a los cambios,
¿entiendes?



Claudia desvía la mirada mientras lo piensa durante unos segundos.

—Pues no.

Eso le hace reír.

—Yo tampoco lo entendía, pero ahora sí. Mira: mientras el bicho invisible esté por ahí nosotros tenemos que hacer todo lo posible por divertirnos y ser felices. Eso es adaptarnos a los cambios. Porque, en realidad, estar triste no tiene sentido, ¿a qué no?

Claudia inclina la cabeza.

—No.

—¡Pues claro! ¡Venga, vamos a adaptarnos! ¿Qué es lo que más te apetece hacer ahora mismo?! —le pregunta entusiasmado.

Ello no se lo piensa.

—Que me dejes jugar contigo y con tus coches. Gabi resopla.



—¿En serio?

Y antes de que la sonrisa de Claudia se termine de agigantar, Gabi asume que no tiene escapatoria.

Ni quiere.



Éste libro se terminó de
cocinar en diciembre de 2020



CÉSAR PÉREZ GELLIDA

Nací en Valladolid en 1974. Soy Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Valladolid y Master en Dirección Comercial y Marketing por la Cámara de Comercio de Valladolid.

He desarrollado mi carrera profesional en distintos puestos de dirección comercial, marketing y comunicación en empresas vinculadas con el mundo de las Telecomunicaciones (Retecal), outsourcing (Grupo Norte) y la Industria Audiovisual (Canal Ocio Europa), hasta que en 2011, mi mujer y yo decidimos trasladarnos a Madrid con nuestro hijo para poder dedicarme en exclusiva a mi carrera de escritor.

Desde febrero del 2014 colaboro con El Norte de Castilla con una columna semanal en su sección de cultura llamada, "La Cantina del Calvo".



ALBERTO SOBRINO

Serrada/Valladolid 1974

Estudió Ilustración Escuela de Artes y Oficios de Valladolid.

Ha realizado trabajos de ilustración, de modo particular, institucional (Junta de Castilla y León, Caja España, Caja Madrid, Ayuntamiento de Valladolid, Federación Castellano Leonesa de Fútbol, Diputación de Palencia, Fundación Personas, El Puente - Salud Mental Valladolid, Ayuntamiento de Zamora, etc), editorial (Imaginarium, Eolas Ediciones, Editorial Casals, Ideotur, Amigos de Papel, Colectivo Satélite, A buen paso), y sus propias autoediciones.

Compagina su labor de ilustración con trabajos de diseño gráfico, dando charlas, impartiendo talleres, realizando murales, y contando historias y relatos.



“La primera vez que escuchó su nombre fue en uno de los telediarios que ve siempre papá. Antes no era capaz de recordar el nombre del bicho, pero ahora, a fuerza de escucharlo una y otra vez lo tiene metido en la cabeza...”

